

imaginario país de Tlön, es una acepción indebida añadida de modo fraudulento a la Enciclopedia Británica, que de a poco va insinuando sus propias ficciones en lo real para hacerlo deslizarse hacia la irrealidad.

Sabedor de la naturaleza de papel de su pasión, Borges busca a veces compensar con la exaltación, hasta con una excitada admiración por la violencia y la crueldad, su propia y exangüe constitución vital. Una sequedad espiritual parece haber cegado en él las linfas del deseo erótico, transfiriendo su intensidad a la abstracción de la memoria y dando a sus páginas una ascética extrañeza respecto al sexo. La sublimación es tan intensa que consume toda energía; el amor se quema íntegro en la interioridad del sentimiento y del pensamiento, en el apasionado y minucioso archivo de la persona amada. El amante se ve tan empujado a catalogar, en la mente y el corazón, los rasgos imperiosos de su Beatriz o a celebrar vanamente, tras su muerte, sus aniversarios, que no le queda más fuerza para amar realmente y de cerca. Borges es el poeta del amor reprimido y callado, ignorante de toda física y capaz sólo de transfiguración; sus melancólicos y puntillosos protocolos del corazón conocen la perdición del enamoramiento, con el tierno encanto y la sospechosa acritud de quien suspira de lejos, ignorando la totalidad del amor.

Su aversión a procrear no es sólo la objeción del místico a la inútil multiplicación de las ilusorias pobreza individuales, es también un espía de la esterilidad que acecha a su obra. Sus dioses, según él ha dicho, no le han concedido la expresión, que crea la vida, sino sólo la alusión, que la menciona de pasada. Su poesía dice la melancolía de este esbozo fugitivo, «la inminencia de una revelación que no se produce», la desilusionada espera de un secreto que se disuelve un instante antes de ser dicho. Borges es el poeta del momento aún no desplegado en la duración, de la posibilidad no realizada; algunos de sus cuentos parecen el refulgente esbozo de un cuento por escribir.

En esta potencialidad desilusionada él encarna el destino de la literatura, a la cual ya no es dado transmitir valores y contar historias íntegras en su significado. Él gestiona esta crisis fingiéndose comentarista de libros inexistentes, camuflando abiertamente su invención de nota bibliográfica o glosa erudita, con las cuales oculta, en un evidente abuso de mistificación, la ausencia de la verdad. En esto consiste su modernidad, y no en la ostentación de un rebuscado equipaje cultural, demasiado admirado y, en realidad, nada profundo.

Gran poeta de la precariedad humana, Borges es un lector omnívoro pero no es un escritor culto; su erudición es una lista de elementos más acumulados que asimilados, es el repertorio imitativo del escritor colonial (según observa Cesare Acutis) que se apropia hasta lo hiperbólico de la

tradición de origen. Su arte discreto y retraído que se confía en el margen y la reticencia, parece fácil pero es extremadamente peligroso de imitar, como anota Carmelo Samonà. Como los Kafka, los émulos de Borges han terminado miserablemente, copiando las fáciles fórmulas geométricas de sus intrigas laberínticas y la superficial sugestión de sus comentarios apócrifos, y perdiendo la dolorosa e irónica ambivalencia de su poesía, que muestra el extravío de la inteligencia en la trama elemental del mundo. Es verdad que el propio Borges parece, en ocasiones, en páginas repetitivas y en algunas agudezas chatamente excéntricas de sus excesivas entrevistas, uno de estos plagiarios suyos.

Borges vive de sus propias rentas, y a veces a bajo precio; autor de unas pocas altísimas páginas y de muchas fatigosas repeticiones, sabe que esta multiplicación de sus exiguas palabras ya constituye, en muchos casos, un abuso, o la máscara de una secreta aridez, de una fatiga confiada al estereotipo. Con melancólica ironía se da cuenta, como ha dicho en un reciente prefacio, que cuanto escribe es juzgado y acogido por la idea, por otra parte consolidada y preconstituida, que se tiene de él, y no por lo que vale.

Lo que escribe ya no le pertenece sino a ese otro que es Borges. Y este Borges, que dialoga coqueta y apasionadamente con los grandes escritores del pasado, no es uno de ellos, no tiene su estatura ni su grandeza. Es eco y sombra, glosador y comentarista de la gran poesía, como los exégetas medievales eran apostilladores, intérpretes y divulgadores de los libros sagrados. Es uno de nosotros, que se sabe lejano de aquella grandeza no poseída. Pero sabe que la grandeza es lo que no somos y señala, con altísimo recelo tal falta, tal lejanía y tal nostalgia. Quizá Borges considere su fama como un *bluff*; él mismo ha dicho querer escribir —y tal vez ya lo haya hecho— una refutación y una crítica mordaz de Borges: ciertamente sería un juego, una mistificación literaria, pero esta broma —como tantas de sus mistificaciones— ocultaría púdicamente una verdad, sería un modo de ser realmente sincero, fingiendo jugar a hacerse el sincero.

No sólo cuanto escribe, sino lo que vive pertenece al otro, a Borges. «Al otro, a Borges, se ocurren las cosas», ha escrito en una parábola que tal vez sea la mayor y más poética página que se haya escrito sobre la relación entre escritura y vida. La palabra absorbe la vida, transforma los pequeños amores y placeres de cada día en una hipérbole exhibicionista y vanidosa: «Me gustan los relojes de arena, los mapas, las estampas del siglo XVIII, el sabor del café y la prosa de Stevenson; el otro comparte estas preferencias, pero de un modo vanidoso que las transforma en los atributos de un actor».

La vida está constreñida a ceder todo a la escritura, a cederle, sobre todo, ese indefinible e indecible dejarse vivir que constituye el anónimo e

indiferente secreto de nuestra existencia: pasear por las calles y contemplar el arco de un zaguán, perderse en el color de una noche, adormecerse. Esta vida indiferente e inalcanzable, que existe más en el río de las cosas que en los sentimientos y en los pensamientos, no se reconoce en las propias palabras o en los libros propios, sino más bien en los libros escritos por otros o en el arpegio de una guitarra. Escribir no salva la vida, aun cuando permite a algunos instantes sobrevivir en las palabras, porque la vida no puede reconocer ni recobrar en ellas la propia verdad inmediata, inexpressable y fugitiva.

Borges es un maestro en la evocación de esta extrañeza de la vida respecto a toda expresión, esta distancia entre el escritor y sus palabras. Él se encuentra más en los libros ajenos o en el acorde de una guitarra, porque la música de aquellas palabras o de aquellos acordes es un apunte de la revelación que no se produce, el eco o la imagen de algo que él siente dentro de sí y que jamás podrá decir, en tanto sus libros son la expresión cumplida y definida, y por ello insuficiente, de su pensamiento y de su voluntad, y pertenecen al pasado. Cada libro que hemos escrito pertenece al pasado, cada libro que leemos o releemos es el presente; cada libro que hemos escrito es una ocasión, de alguna manera fallida, que sentimos tan incomparable a nuestra verdad de entonces como extraña a la verdad de hoy.

La mayor revelación es aquella que nos hace descubrir cómo existimos fuera, en la realidad exterior, en el agua que refleja nuestra imagen o en la mirada que la recoge y la custodia, en la memoria y en los sentimientos de los demás, que nos conservan y nos salvan en su corazón. Existimos en quien nos ama y nos hace habitar en sus pensamientos. Nuestra verdadera muerte no sucede, según Borges, con nuestra extinción física: ésta última, como dice el poema «Límites», nos gasta incesantemente, a cada momento, tiene lugar cada vez que, sin saberlo, abrimos un libro por última vez y pasamos por última vez por una calle. La verdadera muerte, como dice la espléndida parábola de «El testigo», sucede cuando se cierran los últimos ojos que han visto nuestro rostro, cuando se apaga el último pensamiento de alguien que nos recuerda, cuando se borran las huellas que hemos dejado en el mundo: el último sajón, en «El testigo», muere arrastrando hacia la nada las imágenes de los ritos paganos, los ídolos y los sacrificios perdidos de una edad desaparecida.

Todo hombre, para Borges, siente —como Dante en el apólogo del *Inferno*, I, 32— haber recibido y perdido una cosa infinita e irrecuperable. Es la intuición de la propia identidad, de aquel vacío indefinible e impersonal del que estamos hechos. Dentro de Shakespeare no hay nadie, hay sólo un poco de frío, una vanidad irreal y anónima que le permite ser tantos hom-

bres, de ponerse y quitarse el alma de César, de Macbeth y de Julieta; y Shakespeare, para Borges, es el modelo de todo hombre que, al igual que Dios, es muchos y ninguno, es un sueño sin nombre, anónimo y plural. Como dice el epílogo de «Borges y yo», el autorretrato de un hombre se sobrepone, se entreteteje y se identifica con el paisaje del mundo; las líneas que dibujan sus rasgos trazan también el perfil de los reinos y las provincias, las bahías y los caballos, de la innumerable multiplicidad del mundo.

Borges quiere ser el poeta de la totalidad, del acaecer aceptado integralmente más allá del bien y del mal. En nombre de esta aceptación de las cosas tal como son, Borges, que tiene toda la grandeza épica y la dureza del conservador agrario vinculado a la posesión e insensible a las miserias humanas, ha dirigido famosos y tristes elogios a la violencia y a la injusticia, quizá con lo autodestructivo del reaccionario que se ofende a sí mismo con tal de ofender al conformismo progresista. Su mundo es el de la inmutable repetición del epos agrario, reflejado en la obsesión circular que domina a su fantasía. Quizás él no ha visto el Aleph, la simultánea revelación de la totalidad; genial e irónicamente sabedor de la escisión entre el yo que vive y el yo que escribe, Borges inventa entonces la historia de un Borges más afortunado y ufano, que quizás ha visto el Aleph o, como escribe Roberto Paoli, que tiene buenas razones para decir que lo ha visto.

De aquella totalidad quedan, aislados, algunos fragmentos, la desnuda presencia de algunos hechos. Borges reduce la vida a la indiferencia de los hechos, los cuales obedecen a una inexorable ley física o a la casualidad, ambas sustraídas al juicio moral. En el universo de Borges existen códigos de comportamiento, pero no existe la culpa ni su elaboración en la psicología, que graba sus cicatrices en el corazón del hombre sometido a un examen de consciencia. Sobre estas grietas de la personalidad, Borges enarca un orden objetivo como el Vallo Adriano o el Puente de Kipling, una ley según la cual el individuo se identifica con su propio destino. Por esto desprecia la introspección de la novela psicológica y le gustan las férreas sagas nórdicas, en las que lo esencial —la batalla, la venganza, la muerte— emerge con lo elemental de los hechos puros, del mar que se triza contra los escollos o el grito de una gaviota.

Estos hechos se recogen en los ojos casi muertos del poeta, el cual sabe que no es uno de ellos, aislado en el mundo como un objeto abandonado en la playa. Hace dos años, en Venecia, nos rogaba que le describiésemos los colores y las formas de las casas edificadas sobre el agua; cuando la conversación recaía en una obra suya, se retraía, confundido. Sabía que no tenía el derecho de glorificarse en sus palabras: cuando yo le contaba mi gratitud por aquellas primeras líneas de «El Aleph», que nos hicieron

entender qué se ha perdido verdaderamente con la muerte de un ser querido, Borges dudaba; tal vez se preguntaba, incrédulo, cómo había logrado ocurrir que, en la imprevisible y ultrapersonal gracia de la poesía, justamente él se hubiera tropezado con aquella verdad y con aquellas palabras, que por otro lado, formaban parte del mundo y no pertenecían ya a nadie en particular.

Probablemente pensaba de sus libros lo mismo que Asterión, el Minotauro de su cuento, piensa del sol y las estrellas: quizá los he creado yo, pero no me acuerdo. Ahora Borges cumple ochenta años. Hemos aprendido para siempre, de él, que el tiempo, como ha escrito, es un río que nos lleva pero que nosotros somos ese río. Ni siquiera de esta verdad sabremos hacer uso para que nos ayude. La vida, ha dicho Borges, da todo a todos, pero casi nadie lo sabe.

(1979)

(Traducción de Blas Matamoro)

Claudio Magris